

El arte de la publicidad

Don Hugo: Nuestra mala conciencia nos llevó a volver el Arte contra nosotros mismos.

Don Víctor: Es verdad, ¿cómo íbamos a tener la desfachatez de seguir regalándonos belleza después de las atrocidades que hemos llegado a cometer?

Don Hugo: Sí, pero por muy abyectos que seamos, no por eso podemos renunciar a la necesidad psíquica de la Belleza.

Don Víctor: ¡Qué ironía! La ascesis a que nos somete el Arte conduce a que, a la postre, sean los mercaderes quienes vengan a aliviarnos de esa añoranza.

Don Hugo: ¡Los mercaderes! Ésos no hacen nada por amor al arte. Los artistas nos lo regalaban todo...

Don Víctor: ... mientras que éstos nos traen belleza a manos llenas, pero tan sólo por mejor vender.

Don Hugo: En definitiva, para engañarnos mejor... Belleza mercenaria y mentirosa.

Don Víctor: Resignémonos, don Hugo, es la belleza con que contamos en nuestra época.

Don Hugo: ¡Qué no hubiera dado yo, don Víctor, por haber vivido en la Florencia medicea y poder frecuentar el taller de los Pollaiuoli!

Don Víctor: Hoy en día, lo que tiene que hacer usted, don Hugo, es comprarse el "Elle" y recrearse pasando sus páginas.

Don Hugo: Pues tampoco está tan mal...

